

LA INFANCIA DE LOS GRANDES HOMBRES

LUIS VAN BEETHOVEN

(Conclusión.)

—Es el niño Beethoven—dijo Leonor á sus amigas, no tan bajo que Luis no lo escuchara;—es el hurón de Bonn, como le llamaba en otro tiempo. Mucho ha crecido, pero no ha mejorado de cara. ¡Dios mío, qué feo es todavía!

Un velo cubrió la vista del muchacho, un escalofrío recorrió su cuerpo y tuvo que agarrarse al piano para no caerse.

—Vamos, Luis, serenidad—le dijo el maestro Neefe; y el niño se rehizo, se sentó ante el piano y al ver á su padre pálido y abatido, recobró su energía, y como si hubiese querido desafiar á la persona que causó su emoción y su pasajera debilidad, al colocar sus manos sobre el teclado se volvió á mirar á Leonor.

«¡Qué insensata es al despreciarme porque he nacido en una clase inferior á la suya!»—pensó Luis; y con un arranque de energía hizo sonar tres acordes en el piano, y sin abrir el libro de música que en el atril estaba, comenzó á tocar un trozo, en *lá menor*, de una poética melancolía que impresionó vivamente á todo el concurso.

—¡Bravo, bravísimo!—exclamó el Elector al terminar el joven pianista.—¿Qué opináis de esto, Mr. Junker?

—Opino como usted—contestó el compositor;—pero ¿por qué toca de memoria?

Luis sonrió, y el compositor le preguntó entonces:

—¿De quién es esa composición?

—Mía—dijo serenamente Luis.

—¿Tuya? ¡Imposible!

—No es imposible; perdonad—dijo entonces el maestro Neefe,—porque yo conozco otras composiciones de este niño muy notables. ¿Cuándo has compuesto ésta, que no me la has hecho oír?

—Ahora mismo.

Mr. Junker, que no podía convencerse de que esto fuera verdad, puso un tema á Luis para que improvisara sobre él delante de todos, y el niño, con una facilidad admirable, tocó el tema y después unas originales y preciosas variaciones, que produjeron verdadero entusiasmo.

Mr. Beethoven lloraba de alegría; Mr. Neefe, orgulloso, preguntó entonces á Mr. Junker:

—Y ahora ¿qué opináis de mi discípulo?

—¡Que el discípulo será maestro de todos!

Feliz el niño entonces, y satisfecho con los elogios del Príncipe y con un magnífico regalo que éste le hizo, fijó sus miradas en los concurrentes que, entusiasmados, le aplaudían, y buscó el rostro de Leonor. La burla y el orgulloso desdén habían desaparecido de las miradas de la joven que demostraba un tímido rubor.

—Caballero Luis—le dijo, quitándose unas flores que llevaba en el pecho,—¿queréis aceptar estas flores de mi jardín en cambio de las lilas que me disteis hace seis años?

¡Ella le había llamado caballero! ¡Ella, que hacía un instante no sabía designarle sino por «el niño Beethoven»! ¿Por qué en el espacio de media hora se había elevado tanto el artista niño á los ojos de aquella criatura, joven y rica? ¡Luego el poder del talento, la magia del arte, no son un sueño! Luis tomó el ramo; y él, que había encontrado fuerza en su mirada para desafiar á aquella niña cuando, insolente y orgullosa, le anonadaba con sus sarcasmos, no sabía qué hacer cuando ella, á su vez, bajaba sus hermosos ojos azules por no encontrarse con los suyos, y fué á ocultar su emoción y su felicidad en los brazos de su padre.

—¡Hijo mío!—le dijo éste dándole un cariñoso beso,—hasta esta noche no sabía lo que valías; esta noche me remuneras de tantas penas é inquietudes y me tranquilizo por tu porvenir. Beethoven—continuó, dándole por primera vez este nombre,—un día llegarás á ser el sostén de tu madre y de tus hermanos; no los olvides jamás hijo mío.

Y no se redujeron á esto los beneficios que dispensó el Príncipe al joven Beethoven; sabiendo que tenía afición al órgano, le

nombró sucesor de Mr. Neefe, con el título de organista de cámara, y le envió á pasar algunos años á Viena para acabar sus estudios teóricos bajo la dirección del célebre Haydn. Este acogió al joven artista con alguna benevolencia; pero no pasó de ahí, no comprendió por entonces todo el genio que se encerraba en aquella alma. Mozart lo comprendió en seguida. Habiendo hecho Beethoven otro viaje á Viena en 1790, con el determinado objeto de ver y escuchar al autor de *Don Juan*, le suplicó aquél, según su costumbre, que tocara lo que gustase. Beethoven improvisó lo que tocó. Como Mozart no demostrase llamarle la aten-



Gente Menuda

ción, y se hubiese contentado con decirle al concluir: «Está bien tocado», Beethoven le preguntó qué opinaba de aquella composición:

—No conozco el autor—le dijo.

—El autor soy yo, que improviso—replicó Beethoven;—si dudáis de ello, dadme un tema y veréis.

Mozart apuntó en el acto un motivo de fugas cromáticas que tomadas al contrario, contenían un motivo para una doble fuga. Sin caer en el lazo que se le tendía, buscó Beethoven el tono oculto del motivo, le adivinó y le trabajó durante tres cuartos de hora, con tanta originalidad y soltura y con tanto talento, que Mozart, admirado, cautivado, contenía el aliento para no perder una nota, y pasando de puntillas á la habitación inmediata, donde se hallaban reunidos sus amigos, les dijo:

—Fijad vuestra atención en ese joven; algún día oiréis hablar de él.

Tenia Beethoven un amigo de su edad, llamado Wolff, que fué su rival, pero con una rivalidad llena de nobleza y de cariño. Protegido Wolff por el barón de Wezsloer, veía á su amigo sostenido por el príncipe Lichnowski, y todos los días celebraban encantadoras reuniones musicales en la casa de campo del barón. Cuanto más impetuoso, atrevido y misterioso y más lleno de contrastes se mostraba Beethoven, más se hacía notar Wolff por sus composiciones de carácter dulce y tranquilo, que recordaban el método de Mozart.

El Elector Maximiliano murió, con lo que quedó Beethoven sin protector, y desde aquel instante vivió á expensas de su talento y con él sostuvo á su familia. Se estableció definitivamente en Viena y allí le decidió Caliarí á escribir para el teatro. Su ópera *Leonora*, representada primeramente en Praga con el título de *Fidelio*, no obtuvo muy buen éxito; pero al año siguiente se cantó en Viena y obtuvo un triunfo completo. Las sonatas y sinfonías de Beethoven, obras inmortales, vinieron más tarde á justificar la profecía de aquel músico que, al oírle componer en casa del gran Elector, le dijo que sería *maestro de todos*.

Todos los amantes del divino arte, cualesquiera que sean sus aficiones por unos ú otros géneros de música, están unánimes en proclamar la superioridad del genio de Beethoven.

A tan altas cimas del arte llegó aquel niño feo á quien vimos por primera vez tratando de dominar con un tarro de pomada la rebeldía de su crespá cabellera.

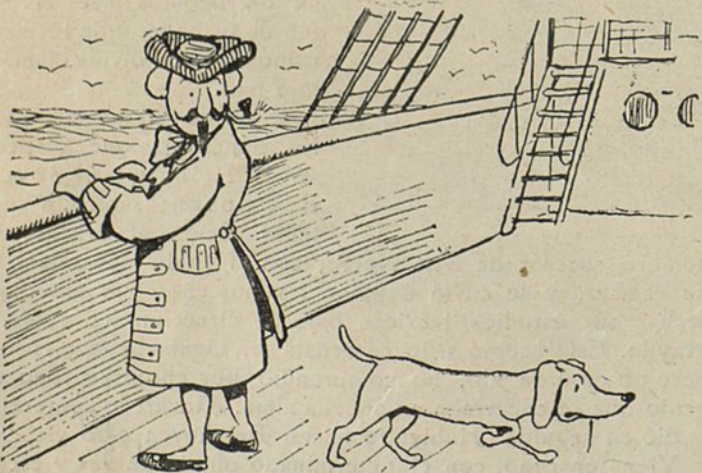
C. M.



AVENTURAS POR MAR Y POR TIERRA DEL BARON DE MUNCHAUSEN

DEL OLFATO QUE GASTABAN LOS PERROS DE CAZA DEL BARON POR TIERRA Y POR MAR

Entre los más preciosos ejemplares de los perros de raza que he visto yo á millares, no vi perro de caza como mi *Regalado*. Un perfecto dechado de la raza canina, que me envió la emperatriz de China.

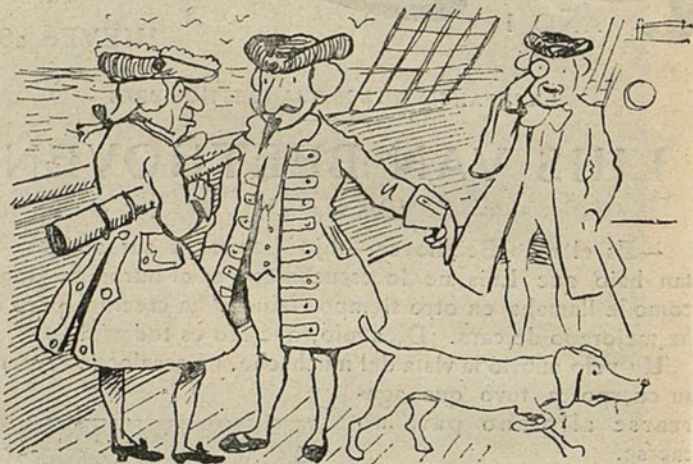


De su olfato finísimo pudiera estar contando una semana entera cosas maravillosas. Recuerdo, entre esas cosas,

que, haciendo yo una vez la travesía de Cádiz al Perú, me hallaba un día sobre cubierta con mi perro al lado, cuando de pronto vi que *Regalado* de muestra se ponía.

Todos los pasajeros que miraban la escena, se asombraban y luego se reían, y con burlón acento:

—¡Se ha vuelto loco el perro.—me decían



Yo medité un momento, y le dije después á aquella gente:

—¿De qué razonamiento deducen que mi perro está demente?

—Barón—me dijo el capitán del barco,— estamos hoy atravesando el charco á cuatrocientas millas de la tierra, y su perro se emperrea en denunciar que hay caza; decid si no está loco por la traza.

—Capitán—contesté,—cuando mi perro se pone así de muestra, es infalible que cerca ha de haber caza

—¡Es imposible!

—Lo que dije sostengo.

—Y yo me aterro en mi opinión porque es indiscutible.



—Vaya una apuesta, pues

—Enhorabuena.

—Apuesto por mi can una docena de botellas de ron.

—Van apostadas.

—¡Ustedes son testigos, caballeros! Apenas pronunciadas estas frases, se oyeron carcajadas entre los marineros, que traían alegres y felices un feroz tiburón recién pescado, en cuyo vientre habían encontrado seis pares de perdices.

Yo, sin perder mi aplomo, me acerqué á *Regalado* y le pasé la mano por el lomo; el capitán me contempló asombrado y señalando al can y á las perdices, le dije yo:—¿Estaréis desengañado? A lo cual contestó medio cortado: —¡Sí que tiene narices!

C.



ATENAS. Publicamos una vista de la más célebre de las ciudades de la antigüedad, tal como se halla en el día. Atenas conserva aún su famosa Acrópolis é innumerables monumentos de interés para la arqueología y para el arte. Muy cercanas la parte antigua y la moderna de la clásica ciudad, se encuentra el palacio del Rey Jorge á unos centenares de metros de la Acrópolis, y desde la ciudad nueva se contemplan las alturas célebres del Himeto, el Pentílico y el Lycabeto, que figuran en nuestro grabado.

FANTASMAS

Mamá, ¿es verdad que hay fantasmas y aparecidos?—preguntaba en el momento de acostarse Paquita, hermosa niña de seis años.—Hace un instante Juana me contaba que en la obscuridad de la noche, y sobre todo á las doce, andan por las ruinas, por los campos, y especialmente en los cementerios, unos esqueletos envueltos en sábanas blancas, con una cabeza que echa llamaradas por los ojos. ¡Uy, qué miedo!... Mamá, ¿no has oído como ruido de cadenas que se arrastran por el suelo en ese cuarto oscuro?

—No, querida mía; no se oye semejante ruido—respondió su madre;—es tu imaginación la que te los hace oír, excitada como está por las majaderías que te ha contado esa tonta de Juana. Ya la reprenderé yo para que no vuelva á repetirte esas necedades.

Has de saber, Paquita mía, que no hay ni fantasmas ni aparecidos, ni los ha habido nunca. Cuando se ven fantasmas paseando por sitios solitarios, son, por lo general, malhechores que se envuelven en un paño blanco, poniendo sobre su cabeza una calabaza seca con agujeros que imitan los ojos, y colocando dentro una luz para que parezca que salen llamas, y asustar de esta manera á los niños y á los tontos. Estos aparecidos falsificados, desaparecen en cuanto los persigue la Guardia civil.

Paquita, asombrada ante lo que su madre la decía, preguntó entonces con el mayor interés:

—Pero mamá, hadas sí que hay, ¿no es verdad? Esas hadas que nos hacen felices ó desgraciadas. Y también hay vampiros que chupan la sangre á los niños, genios del mal que se los llevan, gigantes que se los comen y brujas que les hacen mal de ojo; ¿verdad que los hay, mamá? Juana me ha dicho que una vez...

—No hagas caso de Juana, hija mía; yo te aseguro que no hay nada de eso. Los que cuentan semejantes patrañas son gente imbécil, y más tarde ó más temprano recibe el castigo

de su credulidad. La sombra hace que los objetos se vean á medias y nos parezca que tienen formas fantásticas, ridículas y algunas veces horribles; pero si nos acercamos á esos objetos resueltamente y sin miedo, nos convencemos de que no tienen nada de extraordinario.

Si en el momento en que estamos con la impresión del miedo, brillase de repente el sol, nos reiríamos de nuestra debilidad al reconocer que esos objetos que son tan horribles á obscuras, son los mismos de que nos servimos todos los días y nos rodean á todas horas.

—Mira, mamá: te prometo no tener más miedo, y cuando vea alguna cosa que me asuste, me acordaré que es un efecto de la poca luz.

—Muy bien dicho, vida mía; así me gusta oírte.

Voy á contarte una cosa que me ocurrió á mí cuando era niña como tú. Estaba yo en la casa de campo de unas amigas de mi familia pasando el verano, y una noche me asomé á la ventana y vi un fantasma blanco que daba grandes saltos entre los primeros árboles del jardín. Como mis padres me habían acostumbrado desde muy pequeña á no asustarme por tonterías, no tuve miedo y bajé á buscar al terrible espectro. ¿Sabes lo que era? Un mantel que habían lavado y tendido á secar, y que por olvido se había quedado allí de noche. El viento le movía con bastante fuerza, y esto producía la ilusión de que el blanco fantasma saltaba.

—Mira, mamá—exclamó animosa Paquita,—he dejado la cestita de mis juguetes bajo la morera grande del jardín, y para que veas que no tengo miedo, voy á buscarla ahora mismo.

La madre de Paquita vió con encanto cómo su niña perdía el miedo á cosas que no deben asustar á nadie, y que hacen sufrir á las criaturas y las hacen pusilánimes para siempre.

No olvidéis esto, lectorcitos de GENTE MENUDA, y cuando vuestros criados os cuenten esas petrañas de brujas y de fantasmas, reiros de cuentos, porque no existen más que en las fábulas y cuentos, pero no en la realidad.



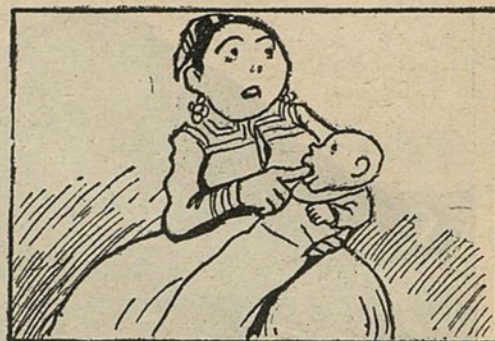
CANDIDITO EL DISTRAIDO



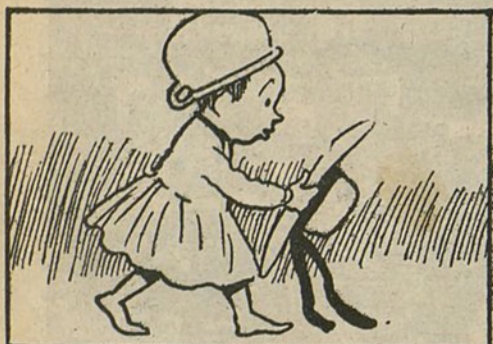
1. Desventuras del pobre Candidito, que tenía cabeza de chorlito.



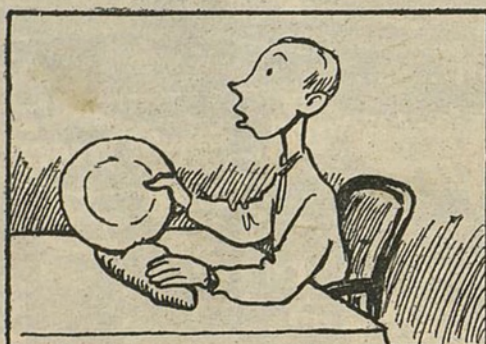
2. Era el padre del héroe de esta historia un señor de flaquéisima memoria.



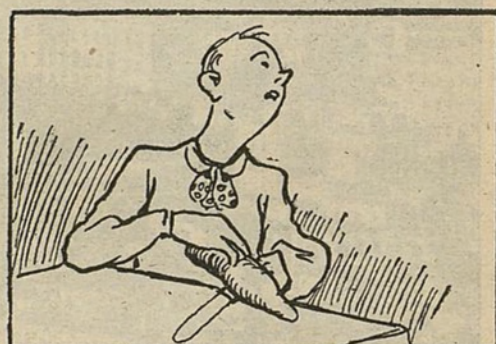
3. Y tuvo en los comienzos de su vida un ama sumamente distraída.



4. Así, que por la herencia y la lactancia, Cándido se chifló desde su infancia.



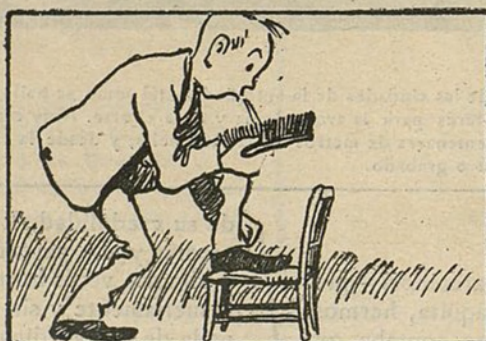
5. A veces olvidaba el pobrecillo cómo se parte el pan con el cuchillo.



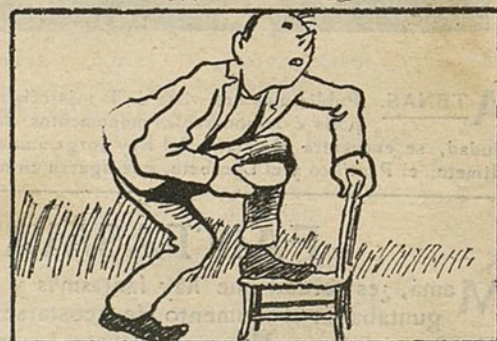
6. Y solía emplear su torpe afán en partir el cuchillo con el pan.



7. Se ponía á estudiar con interés y... colocaba el libro del revés.



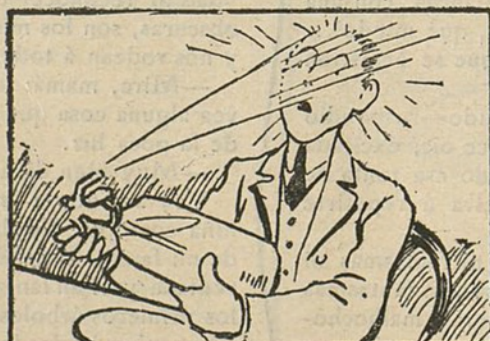
8. A fuer de laborioso y aseado, intentaba limpiarse su calzado.



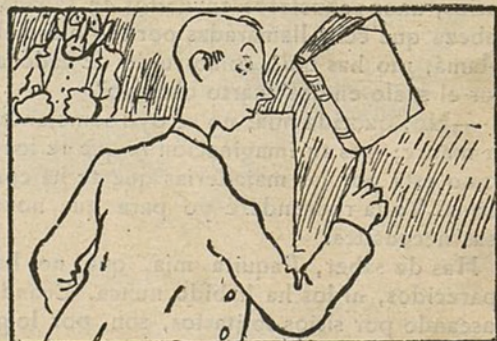
9. Pero por su constante distracción solía sacar lustre... al pantalón.



10. Mondaba una naranja, y el muy bolo se comía la cáscara tan sólo.



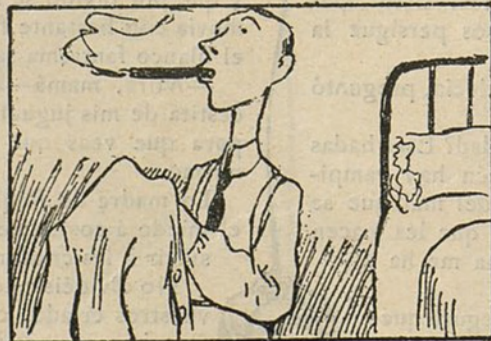
11. Con el agua de Seltz, su distracción le producía baños de impresión.



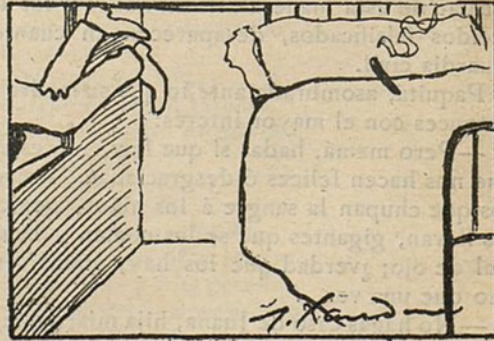
12. Al dar en el colegio las lecciones padecía tremendas distracciones.



13. Y es fama que una vez dijo el pobrete: «—Tres por cinco, catorce, y llevo siete.»



14. Y así pasó su vida distraída hasta que un puro le costó la vida.



15. Acostó la colilla en el colchón y el pobre se tiró por el balcón.